

CAPÍTULOS GRATUITOS

365 días para cambiar

Sònia Borràs

Sueños

Suena el timbre que anuncia que las clases han terminado. A mi alrededor, más de veintiséis chicos y chicas se levantan de sus sillas casi al unísono, con ganas de huir del aula en la que las horas a menudo parecen quedarse atrapadas entre los libros.

Por mi parte, recojo mis libros y justo cuando estoy cruzando el umbral de la puerta, el profesor de literatura, el señor Ruiz, me detiene.

—Elise, me gustaría hablar contigo —me dice y permanezco pensativa mientras pienso en cuál debe ser el motivo de que me quiera hablar. Me dirijo hacia su mesa y me sorprende cuando me dice que después de leer una de las últimas redacciones que he hecho ha pensado seriamente en que me inscribiera en un concurso literario.

—Me gustaría que supieras que veo en ti mucho potencial, con el paso de los días veo tus mejoras y tú apenas te das cuenta de ello. Si finalmente decides inscribirte, no dudes en consultármelo.

—Muchas gracias, lo consideraré —le respondo con una sonrisa mientras me despido y cierro la puerta detrás de mí. Sus palabras flotan por mi cabeza, y por mucho que intento desviar la atención de ello me doy cuenta de que no puedo, y al llegar a casa aún me encuentro sumida en mis pensamientos.

Al entrar en casa, la quietud y el silencio sepulcral que hay me reconfortan, y a la vez me encuentro con que tengo todo el tiempo que desee para estudiar sin escuchar nada.

Sin embargo, unos minutos más tarde, el móvil de repente suena. Pensé que lo había apagado, pero por lo visto una vez más me he olvidado de pararlo antes de estudiar. Por lo general, no me gusta tener distracciones mientras estoy concentrada. Veo que mi amigo Pol me ha enviado un mensaje para avisarme de que estaba en la biblioteca esperándome. Es entonces cuando recuerdo que le prometí que estaría en la biblioteca sobre las siete de la tarde para estudiar a su lado.

Miro el reloj de mi habitación y me doy cuenta de que son... ¡las siete y media! Cierro el libro de golpe y recojo todos los libros que hay esparcidos por el escritorio.

Con los libros en la mano, ando a paso ligero y en apenas unos minutos me encuentro enfrente de la biblioteca que, para mi suerte, está cerca de casa.

Mi amigo me está mirando con el ceño ligeramente fruncido. No obstante, no parece molesto, ya que desde que me conoce —y de eso hace ya bastantes años— en contadas ocasiones he sido puntual. Me apresuro a tomar asiento a su lado y continúo la tarea que dejé a medias. Un tiempo más tarde, vamos resumiendo en voz baja y haciendo esquemas de lo que creo que saldrá en el examen de filosofía.

Realmente, hay algunos momentos en los que no sabría decir a ciencia cierta quién ayuda a quién. Pol es un gran amigo que siempre ha permanecido a mi lado en muchos momentos, y con el paso de los días he ido sintiendo hacia él una estima especial.

Tampoco sé qué haría sin la compañía de todas aquellas personas que independientemente del tiempo que hace que les conozco ya han pasado a formar parte de mí y se han convertido en algo muy importante ypreciado.

Algunos días, sobre todo en época de exámenes, quedo con Pol y algunos de mis compañeros de clase para estudiar o preparar trabajos en equipo.

Sé que Pol, como la gran mayoría de estudiantes, tiene dificultades, y a su vez él ya sabe perfectamente que siempre que pueda estará a su lado para ayudarle.

El tiempo a su lado parece no tener valor porque en menos de lo que imaginaba el reloj indica que ya han llegado las nueve de la noche y después de que me acompañe a casa el día está llegando a su fin.

Al llegar a casa, mis padres ya han vuelto de trabajar, mi madre está preparando la cena y le ayudo a preparar la mesa. Una vez cenó, me voy a mi habitación, aún pensando acerca de lo que me ha dicho el maestro hace apenas unas horas.

Aprecio las palabras con las que demuestra que tiene fe en mí. De hecho, desde las primeras clases que tuve con él, ya con la primera redacción que escribí —un breve texto sobre cómo me describía—, él supo desde el primer día que mi mundo estaba entre las letras.

Actualmente, unos meses después, he hecho caso a todos y cada uno de sus comentarios y observaciones para mejorar. Ha visto un potencial en mí que ni yo misma había sabido encontrar, de manera que sin duda puede decir que ha sido un soporte para mis decisiones. De no haber sido por él, no habría empezado a escribir por mi cuenta en mis ratos libres.

Pienso sobre lo de presentarme al concurso, ¿por qué no? Por intentarlo no pierdo nada. Quiero que la gente pueda conocerme un poco más allá de lo que digo y de lo que se ve a primera vista. Me gustaría que leyeran mi verdadero yo, pues todo aquello que escribo es lo que siento, y para expresar y plasmar miles de emociones que a veces no tienen ni nombre necesito plasmarlo en hojas de papel.

Desde hace un tiempo, escribir se ha convertido en una verdadera terapia para mí, ha pasado a ser la mejor manera que tengo de mostrar mis sentimientos y a la vez reflexionar sobre mi vida. Poca gente sabe que mi sueño es ser escritora, la mayoría de

personas se limitan a pensar que quiero dedicarme a la música y que mi vida depende de ello, pero no saben que, aunque el mundo musical sea esencial para mí, no es más que una afición a la cual he dedicado muchos esfuerzos que han sido recompensados en todo momento. Pero la verdad es que a través de este mundo mi felicidad es muy distinta a la que siento cada vez que escribo. Cada momento en el que sé que, por unas horas, o a veces tan solo por unos minutos, no existe nada más que no sean palabras.

Quiero ser escritora, y este es el sueño que aparte de mi conciencia poca gente conoce. Por el momento, tampoco sé si quiero que la gente de mi alrededor lo sepa, es como un pequeño secreto que comparto con todas las personas que alguna vez me han visto escribiendo, y por un tiempo no tengo pensado decir nada.

Por el momento, el único profesor que me ha animado con la escritura ha sido el de literatura. Ve algo en mis redacciones que me empuja a creer que puedo conseguirlo, y de esa manera lo intento, dejándome guiar solo por mis sueños y anhelos.

Sé que aún es temprano para saber qué quiero ser en esta vida, siempre hay dudas, indecisiones y cambios repentinos que modifican una misma situación, pero lo que sí sé es que tengo muchos sueños por hacer realidad y por los cuales pienso luchar siempre.

Aunque no he pensado mucho sobre ello, sé que escribir forma una parte esencial de mí. No hay día que no escriba un poco en mi bloc de notas que desde hace unos meses tengo en un cajón de mi habitación, es algo así como un diario personal. Es cierto que podría escribir en el ordenador, sería más rápido, pero no representaría lo mismo para mí; me gusta ver que mi letra va cambiando a medida que pasan los días, y lo que pienso que es lo más importante: que el papel se puede destruir, y si alguna vez no quiero que algo se conozca siempre puedo romperlo en mil trozos y solo lo sabrá mi conciencia.

Por unos instantes, imagino cómo sería mi vida si me dedicara a escribir, y entre un sinfín de pensamientos caigo dormida en un profundo sueño.

Solo me queda ser luchadora

Despierto sobresaltada después de una pesadilla. No sé exactamente qué era o de qué trataba, pero sentía que me hacían daño. Conservo algunos recuerdos difusos: en el sueño, personas sin rostro conocido me atacaban, y aunque huyese por calles ocultas entre ciudades que jamás había visitado, aquellos rostros siempre me acompañaban, mis atacantes eran más rápidos que yo, por lo que en algún momento terminaban atrapándome. De repente, justo cuando me encontraba enfrente de una pared gris, he despertado, sobresaltada y sintiéndome ahogada, segundos antes de que la alarma del despertador sonase.

Con la esperanza de olvidarme del sueño, miro a través de la ventana el claro amanecer, salgo de la cama y escojo la ropa al azar. En estos momentos no me

encuentro muy obcecada en pensar qué ropa me pondré. Únicamente deseo que llegue mañana, a pesar de que solo con pensar en lo que ocurrirá siento los nervios a flor de piel y noto un nudo en el estómago.

Sin apenas ser consciente de ello, me encuentro temblando, con miedo de que la actuación en el concierto de música salga mal y que todo el mundo esté allí para verla.

Finalmente, me repito una y otra vez que todo irá bien. A fin de cuentas, he ensayado y tan solo me queda esperar que todo el esfuerzo concentrado en muchas horas diarias de ensayo no haya sido en vano. Una parte de mí sabe que está preparada, pero pensar que estaré delante de muchas personas me genera un pánico que no sé cómo dejar atrás.

Tocar el piano enfrente de más de doscientas personas no es lo que me da miedo, lo que me aterroriza de verdad es que mi madre y mi abuelo estarán allí. Las personas que quisieron que tocara el piano de la misma manera que mi madre en su día llevó a cabo.

Desde pequeña, la música se ha ganado un rincón en mí y en este mundo siempre he encontrado consuelo y un lugar en el que sentirme cómoda. A base de tiempo, se ha transformado en algo que cada vez ha ganado más fuerza, pero secretamente sé que, pese a que nunca he rechistado, no es lo que me llena y me hace feliz. A veces, me he planteado abandonar la música y atreverme de una vez por todas a decirle a mi madre que me quiero dedicar a la escritura, que es mi verdadero sueño, pero no soy capaz de decírselo sin ver la sonrisa de ilusión que le provoca verme tocar el piano.

Dejo atrás mi reflexión y me concentro en el presente. Tras detenerme unos minutos a desayunar me encamino directa a la escuela, no sin antes darle un beso a mi madre. Hoy me siento de buen humor.

Las clases pasan rápido, para mi gusto acaban demasiado pronto. Me encuentro en una contradicción constante. Por una parte, quiero que no llegue el día de mañana, o por lo menos que el tiempo pase tan lento como sea posible; por otra parte, siento alguna atracción respecto a ese sábado en concreto, para el cual llevo tantos días preparándome. Después de algunos meses, el día ha llegado.

Por la tarde no tengo clases, así que justo cuando me preparo para ensayar durante unas horas recibo un mensaje: Pol, Clara y los demás irán a un club de fiesta por la noche.

Intento decirles que no puedo ir, porque debo ensayar para mañana, pero tras pensarlo varias veces decido que lo mejor será olvidarme de todo por un rato y mañana ya tendré tiempo de sobras para seguir ensayando.

De todas maneras, ensayo durante un par de horas, hasta que me empiezo a desconcentrar cada vez más y me sorprende perdiendo el ritmo de cada canción, desafino en algunos acordes, aunque estos son básicos y aparentemente no presentan demasiada dificultad. En resumidas cuentas, mi mente divaga por mil lugares y está muy alejada de la música.

Al ver que por mucho que me empeño no logro avanzar, decido que ha llegado la

hora de desconectar, así que me cambio de ropa y me pongo un vestido que va con mi estilo, me maquillo sin esmerarme demasiado y en cinco minutos me hago un recogido y me encuentro lista para salir.

Al llegar a la discoteca, mis amigos ya están allí. Clara es la primera que me ve, se alegra y al mismo tiempo se sorprende, y me confiesa que pensó que no vendría. Aún así, me sonríe y me abraza.

Esta noche no beberé. Me lo prometo a mí misma porque sé que no puedo hacerlo, debo conducir de vuelta a casa. Me iré de la fiesta relativamente temprano a pesar de que el concierto no empieza hasta el mediodía, pero lo último que desearía es presentarme en el escenario ojerosa y sintiéndome molida.

Me tomo una copa y empiezo a bailar. Poco a poco noto como todas mis preocupaciones se desvanecen a medida que la música rebota por las paredes de la discoteca. Me siento bien, despreocupada y extrañamente feliz, sentimiento que no sé cómo describir.

Pasan algunas horas, aún no es tarde —nunca es tarde si se está en una fiesta—, pero el poco sentido común que me queda a las dos de la madrugada me advierte de que debo irme. Me despido de todos, a pesar de las protestas generales que me dicen que me quede un rato más, pero estoy cansada y ya he decidido que me iré.

Voy hacia el aparcamiento y en el momento que arranco el coche un escalofrío me recorre la espalda. Intuyo que algo va a pasar, ¿el qué? Simplemente no sé qué pasará.

Aunque siento los párpados pesados, circulo por la autopista concentrada en la carretera, pero justo cuando estoy cambiando de carril para irme a la derecha, un coche a mucha más velocidad que el mío choca contra mí y deposita el coche en el arcén.

Todo pasa tan rápido... Un grito de terror se escapa de mi cuello, ¡voy a morir!

El airbag se dispara de inmediato mientras me muestro confusa, no sé qué ha pasado, no sé cómo me encuentro, no sé siquiera si me puedo mover. Resto inmóvil mientras cierro los ojos y me siento incapaz de hacer nada más.

Unos minutos después, escucho la sirena de la ambulancia cada vez más cerca, pero siento los oídos taponados. Veo a muchas personas a mi alrededor, pero no me doy cuenta del dolor que he vivido hasta que veo en el retrovisor el reflejo de mis ojos manchados por el maquillaje negro que traza caminos por mis mejillas.

Me suben a una camilla y lo que percibo como peor es no haber abandonado en ningún momento la consciencia, por lo que aún me duele más el no poderme mover. Me siento paralizada y me esfuerzo por pensar que se debe al *shock* que estoy sufriendo. Bajo ninguna circunstancia pierdo la calma, no debo hacerlo y me digo a mí misma que estaré bien, aun sin creer ni mis propios pensamientos. En estos momentos, no perder la calma es lo que más me cuesta hacer, me cuesta no gritar hasta dejar de sentir mis cuerdas vocales, me cuesta no llorar hasta que no me queden más lágrimas, pero permanezco distante, como si estuviera en algún lugar muy lejano.

Hay varias personas que me están atendiendo y no he procesado nada. A veces

siento que me ahogo, sobre todo cuando en un reflejo inconsciente intento levantarme de la camilla, pero alguien me lo impide. Temo por mi vida y siento que, por un tiempo, deberé dejar mi mundo en un segundo plano. Estoy sumergida en un estado en el que me siento levitando, escucho voces distorsionadas, alguien me pregunta algo, oigo que me pregunta si recuerdo algún número de móvil. Me esfuerzo por recordarlo, pero no sé cuántos segundos o minutos pasan hasta que recuerdo el número de casa de mis padres. En cuanto asumo que puedo hablar, aunque apenas reconozco mi voz quebrada a causa de las lágrimas, indico el teléfono de mis padres, y nuevamente vuelvo a escuchar voces a mi alrededor. Estoy nerviosa, intranquila. No logro ser consciente de nada, solo veo a gente que corre en varias direcciones, lo único que escucho son frases a medias. Y entonces por fin me desvanezco, cayendo en brazos de la oscuridad.

Al abrir los ojos, he perdido toda noción de tiempo; no puedo decir exactamente si aún estoy a día diez de junio o si ya ha pasado una semana. Lo único que reconozco es el lugar en el que me encuentro: estoy en el hospital. Entre las paredes frías de la habitación, pienso en por qué he llegado aquí. ¿Qué me ha llevado a estar inmovilizada? Seguramente me han dado alguna medicación, algún sedante para que esté tranquila y a la vez solo tenga recuerdos confusos. No siento nada, ni dolor ni alegría, y tampoco recuerdo qué fue lo último que pasó antes de que todo quedase reducido a la más absoluta nada. Por momentos me siento calmada, en paz, sedada por todos los calmantes fluyendo por mis venas, sé que todo este estado ha sido inducido y por lo tanto es falso; aun así, con toda la nube de reposo envolviéndome no puedo evitar llorar de sufrimiento, de saber que sea como sea mi vida a partir de ahora va a cambiar. Y tengo miedo.

Mi llanto alarma a las enfermeras, que entran apresuradamente en la habitación. Preparan más calmantes, veo jeringas y agujas que dejan sobre la cama y botes de medicamento, quiero decirles que no necesito nada, que solo quiero saber qué ha pasado y salir de esta constante incertidumbre, pero no tengo fuerzas ni siquiera para preguntar. Se acercan a mí y me preguntan si me duele algo. Les respondo que no, a decir verdad, solo me duele la cabeza y queman en mí las ganas de saber qué ha ocurrido. Una de las enfermeras me pone más medicación a través del gotero y me dejan navegando entre mis pensamientos hasta que unos leves toques en la puerta me hacen volver a la realidad. Veo llegar a mis padres. Mi madre tiene los ojos inyectados en sangre, pero intenta mostrarse fuerte. En cambio, es mi padre quien refleja mayor sufrimiento en su rostro. Cuando se acercan a la cama les pregunto qué me ha pasado. Se muestran reticentes a decirme qué ha pasado, y no se sorprenden que no recuerde nada de lo sucedido o vivido en las últimas veinticuatro horas o las que sea que hayan pasado.

Es mi madre quien se atreve a hablar después de algunos segundos de miradas furtivas entre ellos. Como si estuvieran sopesando quién será el primero en hablar.

—Has tenido un grave accidente de coche, Elise. Nos han llamado a las dos y diez de la madrugada, al parecer a la hora en la que salías de la fiesta. Un coche que iba a mucha más velocidad que el tuyo ha provocado un fuerte choque. El conductor del otro automóvil ha salido ileso, en cambio, hija, es un milagro que tú no estés muerta —

algunas lágrimas aparecen en sus ojos, pero se detienen antes de salir. Quiero decirle que no se lamente, que a pesar de todo estoy bien, pero no sé si es cierto que esté bien, tampoco no logro reunir las fuerzas necesarias para decirle todo lo que en el fondo siento. Aun con toda la situación que estoy atravesando, el primer pensamiento que asalta mi mente va dirigido al concierto.

—Llevo preparándome durante tanto tiempo para el concierto... De golpe, un accidente lo deja todo a medias —manifiesto con incredulidad.

—Sé que te sientes frustrada y de mil formas más que no se pueden describir hasta que no se viven. En estos instantes no puedes con el peso de tu vida y es normal, pero piensa que dentro de todo lo que ha ocurrido, aún conservas lo más importante: tu vida. El accidente no te ha arrebatado la vida —sin duda, son tal vez las palabras más duras que nunca antes hasta hoy había escuchado, pero la realidad a la que me enfrento aún es más fuerte.

—Pero me ha privado de muchas cosas, ¿no es así?, ¿por qué no me puedo mover? —exclamo enfadada y no lo disimulo.

—Elise, cariño, verás... No creo que en estos momentos quieras hablar de tu movilidad... —intenta hablar, pero no dejo que se explique, necesito saber qué ha pasado, aunque creo que lentamente lo voy comprendiendo.

—No necesito mentiras, no puede ser que vosotros sepáis qué es lo que me ocurre y yo, que soy la implicada, sea la última en saberlo —digo—. No me puedo mover, así que debo saber el alcance de los daños. —Prácticamente les estoy gritando furiosa, así que intento serenarme un poco.

—Sabes que no soporto las mentiras —me dice mi madre mirándome con seriedad—. Así que, si quieres saber la verdad, lo vas a saber —hace una pausa en la que calcula qué tan fuerte será el impacto de sus palabras y vuelve a hablar—. No podrás volver a andar —inspiro algunas veces mientras espero las lágrimas, pero estas no aparecen—. Para recuperar un poco de movilidad deberás hacer muchas horas de recuperación a cargo de la rehabilitación del hospital. Durante un año, cada día harás varias horas de rehabilitación para fortalecer la musculatura. Pero no esperes volver a tu rutina normal, porque sería necesario un milagro para que volvieras a andar. Piensa que los médicos no saben hasta dónde llegan los daños y por el momento nada es seguro. Cabe la posibilidad de que sus predicciones no sean acertadas y se equivoquen...

Siento que ya he escuchado bastante, les pido que abandonen la habitación, quiero quedarme sola y poder procesar toda la información que se ha cernido sobre mí como si de un alud de nieve se tratara. No es ninguna sorpresa, llevo horas sin notar las piernas, ¿qué esperaba? Ya sabía que había ocurrido algo grave, pero una parte de mí quería protegerse y se negaba a admitir los inminentes hechos. Como han dicho, tengo suerte de seguir con vida, pero nunca llegué a imaginar que estuviera tan maltrecha, no sabía que el precio que había que pagar por seguir respirando fuera tan caro.

¿A quién quiero engañar? Ahora mismo odio mi vida con todas las fuerzas que aún me quedan. Si miro atrás veo que lo tenía todo, no podía pedir nada más, y aun así, no

era feliz. Soy una chica estudiosa y entregada, veo que soy querida por la gente de mi alrededor, tengo amigos y a todo aquel que me importa a mi lado. Me gusta el deporte, soy trabajadora y lucho por todo lo que quiero... A pesar de que sé que ni mucho menos está todo perdido, sé que hay muchas cosas que sí lo están y también comprendo que una gran parte de mi vida ahora ya no será parte del presente sino del pasado.

En estos momentos solo me queda ser luchadora. Es lo único que me conviene y el único llamado que sigo, el seguir adelante. Pero no sé si quiero seguir luchando si sé que mi vida jamás volverá a ser la que un día fue.

Grito una vez más y vuelvo a llorar, a pesar de que sé que no sirve de nada, es absolutamente inútil lamentarse. Puedo estar muy enrabada, y culpándome a mí misma pensando que no debería haber ido a la fiesta, pero es absurdo pensar qué habría podido pasar, porque las catástrofes simplemente se presentan y evitarlas es algo prácticamente imposible.

Estoy estirada en esta cama de hospital, preocupándome por todo lo inimaginable, excepto por lo que ha dicho mi madre: para recuperar fuerza en las piernas, durante 365 días haré rehabilitación.

Tengo poco tiempo para cambiar mi pesimismo, y esta vez no tengo alternativa si quiero seguir adelante. Sin embargo, ¿quiero luchar?, ¿me quedan fuerzas?

Cierro con fuerza los ojos. Mi parte oscura tiene la esperanza de no volverlos a abrir jamás.

Compañero de habitación

Los días pasan, y esta es la única certeza que tengo ahora mismo.

La hora en la que se celebraba el concierto estuve hundida entre lágrimas. Debería estar sobre aquel escenario luchando por todo aquello por lo que me había esforzado. Lo había dado todo de mí. Pero nunca, ni en mis peores pesadillas, hubiera podido imaginar que un grave accidente cambiaría el rumbo de mi existencia y la giraría de tal modo que abriría los ojos en una habitación de hospital.

Hoy tan solo los pensamientos negativos tienen cabida en mi mente. Sinceramente, me cuesta mucho pensar en algo bueno, porque todo aquello que era positivo para mí ahora apenas soy capaz de verlo.

Ya ha pasado una semana de mi nueva vida. De momento, no hay cambios. Sigo sin poderme mover e intento asumirlo con toda la tranquilidad de la que aún dispongo.

Hay muchas personas que vienen a visitarme, pero lo que nadie comprende es que en estos momentos quiero estar sola para poder perderme de una vez por todas en la oscuridad en la que se reduce ahora mi vida. Me gustaría que me dejaran sola. A veces la soledad es la única amiga que se necesita y en estos momentos es lo único de lo que me gustaría disponer, para poder poner en orden una pequeña parte de todos los pensamientos que vienen y van sin orden alguno. Lo último que necesito es que las

personas me miren con cara de pena y me hablen con lástima. Seguramente piensan y creen que soy débil, algo que no puedo discutir más que nada porque ayer al mirarme al espejo pude constatar lo que ya suponía, que parezco ser frágil como un pájaro al que le han cortado las alas. Pero una parte de mí, ciertamente desconocida, consigue mantenerse fuerte a pesar de las circunstancias.

En el decurso de los últimos días he llorado hasta agotar todas mis lágrimas, que no eran solo de dolor, sino que se mezclaban con una tristeza inexplicable y una sensación de vacío que en pocas ocasiones he sentido. Mis padres están a mi lado, hay mucha gente que me acompaña ahora que el sol no está presente en mi mundo, pero a pesar de todas las muestras de afecto que recibo me siento más abandonada que nunca, porque una parte de mí se ha ausentado de mi cuerpo. Y este es el peor dolor.

También recibo un sinfín de llamadas de parte de mi familia, de gente que conozco, pero con la cual apenas he hablado algunas veces, pero sobre todo recibo mensajes y llamadas de mis amigos. Aun sin tener ganas de conversar, me alegro de que tanta gente me apoye.

Con el paso de las horas, voy entendiendo que debo esforzarme para continuar con mi camino y también para luchar hasta que no pueda más. He perdido muchas cosas, sí, es cierto, pero ahora no pienso dejar que el accidente me quite aún más.

Esta mañana me han anunciado que me trasladarán a una habitación en la que estaré con compañía. Justo lo que precisamente no necesito ahora. No quiero estar al lado de nadie, pero nadie me ha preguntado la opinión.

Un camillero me acompaña con la silla de ruedas hasta mi nueva habitación. Es la número 154, y no se diferencia de las demás que se encuentran en la planta número ocho. Entro y al llegar veo a un chico que tal vez debe de tener dieciocho años. Al momento pienso que es alguien encantador, a pesar de que puedo ver que él tampoco está atravesando sus mejores momentos y aun con esas tiene unos ojos azules que desprenden una fuerza y una energía muy fuertes.

No me saluda, simplemente se dedica a mirarme durante unos segundos. Y entonces, sin saber por qué, por primera vez en toda la semana, sonrío y agradezco que no se trate de una sonrisa falsa.

Mi madre me ayuda a tumbarme en la cama y quedo ligeramente incorporada por el respaldo mientras me doy cuenta de que el desconocido aún me sigue mirando. Pasa un largo rato en el que ninguno de los dos articula palabra alguna, y yo me distraigo mirando por la ventana hacia las nuevas vistas de la habitación en la que me encuentro.

Vislumbro unas cuantas casas de aspecto moderno que se extienden hacia el horizonte y me gusta imaginar qué vidas se ocultan en las entrañas de esas casas.

Los minutos siguen transcurriendo con calma y el silencio que nos rodea de alguna forma no llega a ser incómodo. Tal vez se debe a que ninguno de los dos cree que sea el momento propicio para hablar.

Al dejar de mirar por la ventana me encuentro en que he caído en el aburrimiento, por lo que me pongo a hablar con el chico.

—¿Cómo te llamas? —es lo primero que le digo para cortar el silencio establecido.

—Soy Drew, ¿y tú? —su voz es un tanto melódica y pausada y tiene un bonito acento que no sé decir de qué provincia es.

—Me llamo Elise —respondo con una sonrisa.

—Es un nombre bonito, aunque debo reconocer que no lo había oído nunca —dice mientras sonrío.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto y al instante pienso en que no está bien entrometerme en la vida de alguien a quien acabo de conocer hace apenas unos minutos; sin embargo, parece que Drew no se molesta con mi pregunta.

—Tenía apendicitis, pero no lo supe detectar hasta que no me encontré realmente mal y fue entonces cuando me di cuenta de que, si hubiese esperado unos días más a decir que no me encontraba bien, no estaría vivo para contarlo en estos momentos.

—Puedo entender cómo te sientes —digo—. También tuve apendicitis hace algunos años —me sorprende recordando algo que creí que ya había olvidado, pero por lo visto aún permanece en el recuerdo.

—¿Y ahora qué te ocurre?

—He sufrido un accidente de coche que casi termina conmigo, no me ha quitado la vida, pero a veces no puedo hacer más que pensar que aquello habría sido lo mejor —digo con tristeza—. Ahora no puedo andar —la forma en la que lo relato parece que se trate de una interpretación de un guion de memoria, pero en el transcurso de estos días me he visto obligada a decir tantas veces qué era lo que me había ocurrido que finalmente ya me sé a la perfección qué debo decir.

—Sin embargo, estás aquí, y eso es muy importante, debes hacer una nueva vida, cambiar tu forma de vivir y de ser, pero nadie espera que después de un accidente de coche no sigas en la UCI.

—Seguramente he estado algunas horas en la UCI, aunque no puedo recordarlo. Todo el mundo dice que ha sido un milagro, pero yo pienso que habría sido algo mágico estar sana y salva, pero mírame, estoy estirada sin poderme mover por primera vez en mi vida. Tengo tantos sentimientos encontrados que no sé cómo debo reaccionar —sin saber por qué, hablo con un chico a quien acabo de conocer y encuentro una confianza que no sé a qué se debe.

—Es difícil de afrontar, pero... Deberías estar agradecida.

—Durante los últimos días lo he escuchado tantas veces —miro hacia el techo y suspiro un poco cansada de que las palabras se repitan una y otra vez, pero con algunos matices diferentes. Pasado un tiempo, creo que la conversación ha llegado a su fin, pero me sorprende cuando habla de nuevo y su voz me suena distante, como si estuviese perdido entre nubes de recuerdos.

—Tenía un amigo que era muy importante para mí. Un día de primavera iba de excursión con su familia al bosque y fue entonces cuando tuvo un accidente. Todos los ocupantes del coche vivieron, con algunas heridas, pero nadie salió herido de gravedad

a excepción de él... —Guarda silencio unos segundos, sé que es complicado porque es algo muy delicado y emotivo para expresar, pero reúne fuerzas y sigue hablando.— Él... no tuvo tanta suerte. Con esto quiero decirte que nunca sabes lo que te puede pasar en un futuro más o menos lejano. Pero si siempre te preocupas por lo que pueda venir, no vives. Eso es lo que te puedo decir. Estás pasando por una temporada muy complicada, es cierto que no son tus mejores días, pero mucha gente ha pasado por situaciones parecidas a la tuya, y aunque duela y a veces creas que no lo quieres, debes seguir adelante y ser fuerte. —Drew habla como si fuera mayor de la edad que tiene, eso es algo que me intimida un poco pero que al mismo tiempo admiro. Me quedo pensativa unos segundos antes de hablar nuevamente.

—Me perdí el concierto en el que iba a actuar tocando el piano —voy recordando, pero después de lo que ha dicho Drew empiezo a relativizar los problemas—. El que se supone que tendría que ser un gran día acabó siendo un despertar en el hospital, sin poder moverme.

—Lo harás otro día, cuando te hayas recuperado —dice como si fuese lo más obvio, y sé que está en lo cierto.

—Tienes razón, pero me había preparado durante tantos días... Para que de golpe, ¡zas!, todos mis planes se escapan de mi alcance. Es injusto —digo como una niña pequeña malhumorada porque no le han querido comprar su juguete.

—La vida no es justa, ¿de qué te sorprendes? Es cierto que no lo has podido hacer cuando querías, pero no es ni mucho menos el fin del mundo. Hay muchos días más y también nuevas oportunidades que te están esperando.

—¿Y qué hay de tu vida? No me gusta hacer alarde de la mía —no puedo evitar sonreír, aunque el que podría clasificar como “drama” en mi vida no es para estar precisamente alegre.

—Vivía en Barcelona, pero me mudé a Madrid cuando murió mi madre, hace apenas unos meses. Mi padre no se preocupa todo lo que debería por mí. —Me fijo en que sus ojos empiezan a centellear de la emoción y parpadea con fuerza—. Las pocas personas que están a mi lado son mi hermana y mi hermano, él a veces está conmigo, pero sobre todo mi hermana es quien me acompaña —dice—. Siempre pienso que es mi amuleto de la suerte para vivir. Tengo la suerte de tener una hermana que me ha ayudado mucho. Es tan solo tres años mayor que yo, pero se ha convertido en mi madre recientemente. Mi padre, después de la pérdida de su mujer, lo pasó muy mal. Pasaba sus días con las persianas bajadas, a veces cabeceaba, pero había perdido hasta las ganas de salir a la calle. En ocasiones lloraba, descendiendo en su camino de duelo, hasta que toda la familia le animó a seguir adelante, porque seguir de aquella manera no era algo que pudiera permitirse.

—Es terrible no haber superado una tragedia de la que debes reponerte para afrontar lo siguiente —me siento incapaz de asimilar las palabras que ha dicho de un modo tan natural que me ha resultado desolador—. Pero, en fin, durante estos días he llegado a saber que una vez te levantas, vuelves a caer, y siempre es así. Pero también hay

momentos donde la vida está en su máximo esplendor y te hace sonreír hasta decir basta. Se trata de un ciclo que queda cerrado cuando morimos —digo mirándole con atención—. Has tenido una vida difícil, sé que te habrán dicho muchas veces que eres un gran luchador, pero es que es únicamente la verdad. No te compadezco, porque sé que nadie lo desea, para empezar, ni yo misma lo quiero. Y aunque nos acabamos de conocer, si alguna vez te puedo ayudar, por poco que sea, cuenta conmigo.

Me sonrío y sé que de una forma u otra ha surgido el principio de una amistad. No hablamos más en todo el día, todo lo que debíamos decir está en el aire.

Ojos grises

—Y bien, ¿qué me dices de tus aficiones? —me pregunta Drew, sé que me está hablando, pero esta mañana me siento distraída pensando en que ayer el médico me comunicó que empezaría rehabilitación. Llevo tantos días sin moverme que ahora me encuentro inquieta, pero lo único que deseo es, a ser posible, no sentir dolor—. Esta mañana estás en otro planeta, ¿verdad, Elise? —habla de nuevo y me hace volver a la realidad. En cuanto le miro me fijo en que está riendo nada más observar la expresión que tengo.

—Perdona, pero es que tengo tanto en lo que pensar... —me excuso a la vez que fijo mi atención en él.

—No pienses tanto, Elise, porque ya hay demasiados momentos para reflexionar. Creí que aquellos momentos de pensar ya los habías dejado atrás.

—Hace algunos días que he pasado a no pensar más en lo mismo, pero hoy empezaré rehabilitación y no sé cómo me irá —digo—. Por cierto, ¿qué me habías preguntado cuando no te escuchaba?

—Sobre tus aficiones: ¿qué es lo que te gusta hacer en tu tiempo libre?

—Aparte de tocar el piano, no hay mucho más que decir. Me gusta escribir y también leer. Es algo que últimamente me distrae. Y, ¿qué hay de ti? Porque me haces muchas preguntas, pero yo también quiero saber cuáles son tus pasatiempos.

—Me gusta componer canciones y también cantar, pero mis canciones no son de esas románticas que dictan que todo es de color rosa en un mundo ideal, bonito y ficticio y que, por cierto, tengo entendido que os gustan a la mayoría de chicas —dice con una sonrisa—. No compongo las canciones para gustar a la gente, sino para ser yo feliz.

—Por si no te habías dado cuenta, Drew, no soy una chica remilgada. Ya hace días que he dejado de pensar en un mundo ideal, porque he visto que la realidad está muy alejada de lo que queremos imaginar. Ya nada me parece de color rosa y mi mundo se ha teñido de colores que se asemejan más a la realidad. Ya no me dejo guiar por mentiras sobre un mundo perfecto que no se encontrará en ningún lugar.

—Ya me parecía que eras un tanto especial... —dice con una amplia sonrisa—. Y

sobre lo que opinas del mundo, es cierto, una cosa es lo que queremos ver y otra muy diferente es la realidad.

El tiempo va pasando junto con la conversación y no me doy cuenta de que ha pasado un rato hasta que un chico joven entra en la habitación, diciendo que es mi fisioterapeuta y que hoy comienza la primera sesión. Me despido de mi amigo, que tiene una sonrisa en los labios al ver al fisioterapeuta, y subo a la silla de ruedas. El chico desconocido me conduce por pasillos que aún no he tenido tiempo de recorrer.

Se llama Diego, y me parece alguien atractivo, tiene veintitrés años y posee unos ojos grises con un aire misterioso que jamás había visto. Es alguien simpático, así lo he podido constatar a medida que íbamos hablando, tiene una apariencia seria y parece ser alguien con quien pocas veces hablarías. Conmigo se ha mostrado agradable y hasta me ha sonreído un par de veces, pero supongo que cuando tratan con los pacientes deben mostrarse así.

—Hemos llegado —La silla de ruedas se detiene de golpe con un frenazo.— Al ser el primer día los ejercicios serán ligeros. Te enseñaré lo que durante el año de rehabilitación deberás hacer en los días de entrenamiento. Estos serán de hora y media durante el primer mes, y después será durante dos horas o más, conforme a los progresos que vayas llevando a cabo —mientras habla voy mirando alrededor del gimnasio, observo las máquinas de metal que la gente está usando y me pregunto qué será lo que deberé hacer.

—Tienes un año para cambiar, 365 días que pueden serte de mucha utilidad si los aprovechas bien. La rehabilitación solo será en el hospital durante este año. Si mejoras, irás a otros gimnasios, pero serán privados. Mientras, debes saber que antes de que trabajes la movilidad de las piernas deberás ganar fuerza en los brazos, porque estos serán tus puntos de apoyo más importantes desde ahora si quieres incorporarte de nuevo algún día. Hasta ahora, ¿lo has entendido? —asiento y me parece que me falta aire, no puedo parar de mirar hacia esos ojos grises que me recuerdan a un cielo nublado justo antes de que se desate una fuerte tormenta—. Además de esta rehabilitación, cuando vuelvas a casa deberás seguir entrenando. No me sirve de excusa que estés cansada con los estudios, piensa que está en juego tu salud y que, por tanto, media hora de estiramientos como mínimo te será de ayuda. Debes ser fuerte si quieres conseguir poder volver a andar. Quizás mis palabras sean demasiado duras, pero para nada eres una chica frágil, de modo que me lo puedo permitir, porque sé que lo darás todo por conseguir tus metas. Piensa que tienes el futuro a la vuelta de la esquina y de tu esfuerzo depende que lo consigas. Para empezar, hoy te enseñaré algunos ejercicios para los brazos. A pesar del fuerte impacto que sufriste, no parece que tus brazos se vieran afectados, lo cual es positivo, pero ahora debes potenciar la fuerza que tenían. Si quieres levantarte de la silla, los deberás usar —dicho esto, le acompaño y entro en el gimnasio. Me enseña muchos estiramientos y yo voy memorizándolos todos. Durante unos minutos los llevo a la práctica, y como es el primer día acabo la sesión sin notar los brazos. Durante toda la hora, Diego está a mi lado para indicarme qué debo hacer, me ayuda y aunque sea un entrenamiento pesado, finalmente llega a su fin.

—Bien, tu primer entrenamiento ha acabado. Esto es todo por hoy. Lo has hecho bien, ahora solo te queda demostrar cuánto lucharás por conseguir tus objetivos. Y recuerda: 365 días para dar un giro a la situación. Tienes todo este margen de tiempo para esforzarte y aprender en el camino, tómatelo como un nuevo reto, no te queda más que aceptarlo. Hasta mañana. Es probable que tengas agujetas, pero después de un tiempo te acostumbrarás —me sonrío y me voy. Hago el camino de vuelta hacia mi habitación sin dejar de pensar en esos ojos grises que tienen un aura ciertamente enigmática. Debo reconocer que no se parece en absoluto a algunos de los chicos que he conocido hasta ahora, y algo en ello me atrae irremediablemente.

Al llegar a la habitación veo que Drew está escribiendo en una libreta, y al verme la deja sobre la mesilla de noche.

—No es por ser cotilla, pero, ¿cómo te ha ido con el chico? —arquea las cejas en una pose inquisitiva que me hace reír al momento. Él también ríe mientras lo dice.

—Simplemente me ha enseñado muchos estiramientos para los brazos —digo encogiéndome de hombros.

—No me refería precisamente a cómo te ha ido en rehabilitación, sino más bien en cómo lo has pasado en su compañía. —Es entonces cuando, sin poderlo evitar, me sonrojo y se da cuenta, pero aun así respondo intentando que no me tiemble la voz.

—Es alguien agradable, ha sido simpático conmigo... —quiero dejar de hablar de ello, pero no sé cómo esquivar el tema.

—¿Solo eso? —insiste con un deje de curiosidad.

—Sí, pero... No puedo dejar de pensar en sus ojos grises como la niebla. —«¿De verdad he dicho eso?». Me reprendo a mí misma por el pensamiento que debería de haberme guardado únicamente para mí, y solo cuando me doy cuenta de que Drew lo ha escuchado me ruborizo otra vez.

—Ya lo suponía, de hecho, he notado que te gustaba desde que has entrado por la puerta con una sonrisa que pocas veces había visto.

—¿Quién ha dicho que me gustara? —salto a la defensiva—. Es un chico que durante un tiempo me ayudará en rehabilitación. No es nada más, además, le conozco apenas desde hace unas horas... —titubeo y me siento nerviosa en los momentos un poco incómodos en que no sé qué más decir.

—No puedes negarte ante la evidencia, Elise —sigue riendo y si no fuera porque le conozco me gustaría enterrarme hasta el fondo de la tierra. Menudos momentos más bochornosos.

—Aún es demasiado temprano para decir nada —sentencio tras unos segundos de silencio.

—Está bien. Entonces, dentro de unos días ya me dirás qué piensas —alcanza la libreta para seguir escribiendo y parece que la conversación ha llegado a su fin, y en cierto modo puedo respirar tranquila y agradezco dejar de hablar.

Es entonces cuando yo también decido hacer algo con lo que ocupar la mañana y le

hago una videollamada a Clara, que ha estado muy preocupada por mí durante estos días y al menos me sirve para distraer la atención durante algunos minutos de esos ojos grises...

El calendario

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me pregunta Drew extrañado al verme colgando un calendario en la pared en mi lado de la habitación, cerca de la ventana.

—Estoy poniendo un calendario, ¿no lo ves? —respondo un poco molesta porque siempre está pendiente de todo lo que hago, pero a decir verdad solo me incomoda un poco.

—Lo siento, solo quería saber por qué lo colgabas.

—Ayer, Diego, el fisioterapeuta, me dio una idea al decirme que tenía un año para cambiar. Cada día que pase marcaré con una cruz el día y en mi bloc de notas anotaré los progresos que haya hecho a lo largo del día. Tenía razón cuando dijo que tendría que aprender del camino.

—Pienso que es una buena manera de ver tus avances y ser consciente de ellos. Es una buena idea —sonríe, pero hoy su sonrisa no está formada por la misma luminosidad que tiene cada día.

—¿Qué te sucede? Pareces triste... —sé que no está bien, lo puedo notar en sus ojos. Me mira y vacila unos segundos antes de hablar. Cuando se atreve a hablar, mira hacia el suelo y no puedo descifrar qué es lo que en el fondo siente.

—Los médicos me han dicho que mañana será el día en el que me harán una prueba con la cual podrán determinar si la operación ha ido según lo esperado.

—Y tú, ¿cómo te encuentras? —le pregunto.

—Por ahora me siento bien, tampoco es que haya tenido más dolores durante todo este tiempo, así que supongo que es un indicador de que por el momento todo va correctamente.

—Pues claro que todo irá bien, pronto te irás a casa y no podrás cotillear sobre mí, que por lo que he visto resulta ser uno de tus pasatiempos favoritos —digo medio bromeando, pero a la vez con un atisbo de seriedad, con la esperanza de que se anime un poco y vuelva a sonreír.

—Siempre nos quedará el móvil —ríe y me alegro de que se encuentre más animado—. ¿Y cómo vas con los brazos? ¿Te duelen?

—Apenas los siento, puede ser que me esfuerzase, pero nunca me arrepentiré por haber querido ir más allá y esforzarme con todas mis fuerzas, porque sé que, en un tiempo, todo lo que ahora me duele merecerá la pena, y será entonces cuando todo el dolor que llevo a mis espaldas se convertirá en una lucha ganada.

—Esa es la actitud que debes enfrentar, Elise —dice—. ¿Sabes? Cada vez estoy más seguro de que cuando me vaya te echaré de menos. Es verdad que tan solo hace unos

días que nos conocemos, pero me gusta estar a tu lado, porque de alguna forma nos ayudamos el uno al otro cuando lo necesitamos —dice con tristeza.

—Yo también te echaré de menos, siento que he tenido la libertad de hablar contigo de muchas cosas personales que me preocupaban y me has ayudado, de verdad —le respondo con total sinceridad.

Después, sonrío y me dirijo al gimnasio. Es mi segundo día y otra vez daré lo mejor de mí. Cuando llego, compruebo el reloj que está en la pared y veo que por primera vez he llegado puntual. Al entrar en el gimnasio, Diego me espera y miro alrededor sin ver a mucha gente, porque es temprano, así que prácticamente puedo decir que tengo todo el gimnasio para mí sola.

—¿Cómo estás? —me pregunta al llegar.

—Estoy bien. Me duelen un poco los brazos, pero ya sabía que pasaría —involuntariamente sonrío.

—¿Preparada para más estiramientos que ayer?

—No lo sé, pero al menos lo intentaré —confieso a la vez que pienso que acabaré aún más cansada, pero ahora nada de eso me importa, solo tengo una cosa en mente y es alcanzar mis objetivos sin mirar nada más.

Lo primero que hago es recordar los estiramientos que me enseñó ayer, bajo su atenta mirada. Me corrige durante algunos ejercicios y sigo adelante con los nuevos estiramientos. Teniendo en cuenta que mi propósito es ganar más musculatura, pronto me doy cuenta de que debo hacer más fuerza y por tanto los estiramientos se vuelven más cansados y pesados además de complicados, pero estar al lado de Diego, sin saber por qué, me alegra un poco y consigo olvidar el esfuerzo que debo llevar a cabo con los estiramientos.

Diego es una compañía silenciosa, desde que lo vi supe que sería alguien con poca tendencia a hablar, y hoy he podido comprobar que si no soy yo quien le pregunta algo él no dice nada, pero aun así puedo decir que me gusta que me esté acompañando en lo que se podría llamar como una nueva experiencia.

—Ayer me diste una idea al decir que tenía un año para cambiar —empiezo a decir—. He colgado un calendario en la habitación, para ir marcando los días que pasan en mi recuperación y cada día que pase apuntaré mis progresos —anuncio y veo que sonrío.

—Elise, las personas fuertes aprovechan los obstáculos para seguir luchando y aprender durante el camino. Me parece una muy buena idea que tú también lo hagas.

—Es verdad que empezar de nuevo es difícil. He comenzado otra vida, en la que tengo que cambiar muchos hábitos, pero conseguiré salir a flote.

—Al principio todo cuesta lo suyo, pero sé que eres más que capaz de conseguir lo que te propongas. Llegarán días oscuros en los que no aceptarás nada y todo te parecerá injusto e inútil, pero no debes rendirte. Ya lo dicen: quien algo quiere, algo le cuesta. Y si quieres volver a andar, te costará esfuerzo y sobre todo mucha dedicación.

—En mi vida había hecho rehabilitación, sobra decir que jamás me imaginé usando una silla de ruedas, y mírame ahora. De golpe todo ha cambiado y es solo el comienzo... —digo sintiéndome confusa ante el torrente de emociones que siento. Poder hablar con él o con cualquier persona que pueda comprender un poco mi situación me hace sentir amparada en medio de este cúmulo de vivencias.

—Son imprevistos, cosas que no esperabas que llegasen a tu vida, pero un día te despiertas y ves que ha ocurrido. Quizás lo aceptes con el tiempo o te rebeles contra el mundo y la vida que se ha puesto por delante. Pero poco a poco vas viendo qué es lo mejor.

—Me sirve de mucha ayuda hablar contigo —le digo y al instante pienso que con mis palabras me he precipitado.

—A mí también me gusta hablar con una chica que en los últimos días está aprendiendo lo que es ser fuerte. Necesitas que alguien te guíe por este nuevo camino y te ayuden, y si quieres que te ayude yo, no te preocupes, porque ahí estaré —sus palabras sinceras es justamente lo que necesito en estos instantes y no puedo hacer más que agradecerse de corazón.

Durante el resto de la hora no hablamos más, pero lo que me ha dicho ha quedado grabado en mí. Desde ahora puedo decir que se está convirtiendo en alguien especial para mí, podría etiquetarlo de amor, podría. Pero... aún no estoy segura de que esto que siento sea el principio del amor. Lo único que sé es que ya solo por el hecho de verle entrenaré todas las horas necesarias y más, si con ello puedo hablar con este chico tan maravilloso. Quizás no todo sea tan oscuro como de buenas a primeras lo percibí. He hecho un amigo con el que puedo hablar con total confianza, aunque hace unos días ni siquiera conocía su existencia y en estos momentos estoy en el gimnasio, enfrente a la que se me presenta como una nueva vida.

Al regresar a la habitación no veo a Drew, pero, en cambio, me encuentro con mis abuelos, que están hablando con mi madre. Cada vez que pueden vienen a visitarme y solo por el hecho de preocuparse por mí ya se lo agradezco. Durante los primeros días estaban destrozados, ahora igual que el resto de personas que me rodean ven que lentamente voy superando lo que me ha dañado.

Les saludo y sé que están felices de verme fuera de la habitación.

—¿De dónde vienes, querida? —me dice la abuela afectuosamente mientras se acerca y me abraza.

—Vuelvo de entrenar, cada día desde antes de las diez hasta las once y media voy al gimnasio del hospital —respondo sin demasiada efusividad, puesto que el cansancio hace mella en mí y me cuesta disimularlo.

—¿Tan pronto después del accidente? —pregunta extrañada pero a la vez contenta.

—Los médicos dicen que he mejorado... —al menos un poco, pienso—. Creen que estoy preparada para empezar con el entrenamiento.

—Es genial, Elise. Y, ¿cómo te sientes respecto a todo esto? Si no quieres hablar, te

entendemos —esta vez quien habla es mi abuelo.

—De ánimos estoy mejor. He entendido que para seguir adelante tengo que dejar cosas atrás y darlo todo de mí. Y bien, digamos que haré todo lo posible con tal de llegar a mis metas. Además, ahora ya tengo más presente que se han acabado para mí los días en los que estaba deprimida llorando en la cama.

—Te has recuperado muy deprisa, precisamente nadie diría que hace tan solo unas semanas sufriste un terrible accidente de coche que por poco no te cuesta la vida —dice mi abuela—. ¿Y cómo llevarás los estudios, a partir de ahora?

Y de repente, chocando contra mi breve momento de reflexión, vuelvo a pensar en la vida que dejé inacabada, la que estaba relacionada directamente con los estudios y el futuro. No lo había pensado ni una sola vez desde que había entrado en el hospital, básicamente porque no era lo que más me importaba, al menos teniendo en cuenta cómo me siento, y la verdad que aún es pronto para pensar en qué sucederá más adelante si, para empezar, a veces no entiendo ni el presente que me rodea.

Al principio, no sé qué decir, porque no tengo ninguna respuesta certera, pero mi madre se avanza y se apresura a responder por mí:

—Aún no sabemos cómo irá, el curso ya está terminado, de manera que cuando empiece el próximo año quizás pueda empezar más tarde, cuando salga del hospital. O en el caso de recuperarse antes de empezar, podría recuperar la rutina. Aunque por el momento es muy pronto para hablar y decidir.

Creo que tiene razón, aún quedan días para empezar de nuevo, ahora solo debo preocuparme por el presente que de por sí solo ya es bastante preocupante e incierto. Lo último que me conviene es pensar en algo que aún no ha llegado.